

## EXPEDICION NOCTURNA

AL REDEDOR DE MI CUARTO

### CAPÍTULO PRIMERO

Á fin de dar algún interés al nuevo cuarto en que he hecho una expedición nocturna, debo participar á los curiosos cómo había venido á mi poder. Continuamente distraído de mis ocupaciones en la ruidosa casa que habitaba, me proponía desde hacia algún tiempo procurarme en la vecindad un retiro más solitario, cuando cierto día, recorriendo un estudio biográfico acerca de Buffón, leí que este hombre célebre había elegido en sus jardines un pabellón aislado que no contenía otro mueble que el sillón y la mesa en que escribía, ni otro libro que el manuscrito en que trabajaba.

Las quimeras en que yo me ocupo ofrecen tanto con-

traste con los trabajos inmortales de Buffón, que el pensamiento de imitarlo, aun en este punto, jamás hubiera acudido á mi imaginación, sin un accidente que me determinó á ello. Un eriado, sacudiendo el polvo de los muebles, creyó que lo había en gran cantidad sobre un cuadro pintado al pastel que yo acababa de terminar, y lo limpió tan bien con un trapo, que logró, efectivamente, quitarle todo el color por mí combinado con tanto esmero. Después de haberme encolerizado mucho contra este hombre, que estaba ausente, y de no decirle nada cuando volvió, según mi costumbre, me puse en seguida en campaña y volví á mi casa con la llave de un cuartito que había alquilado en un quinto piso de la calle *de la Providencia*. El mismo día hice transportar á él los materiales de todo aquello que constituía mis ocupaciones favoritas, y allí pasé en adelante la mayor parte de mi tiempo, al abrigo del ruido casero y de los limpiadores de cuadros. Las horas transcurrían para mí como minutos en aquel aislado recinto, y más de una vez mis deliciosos desvaríos me han hecho olvidar en él la hora de la comida.

¡Oh, dulce soledad! Yo he conocido los encantos con que embriagas á tus amantes. ¡Desgraciado el que no puede estar solo un día en su vida sin experimentar el tormento del fastidio, y que prefiere, si es preciso, conversar con los tontos, mejor que consigo mismo!

Confesaré, no obstante, que amo la soledad en las grandes ciudades; pero, á menos que me fuerce alguna circunstancia grave, como un viaje al rededor de mi cuarto, por ejemplo, no quiero ser ermitaño sino por la

mañana; por las tardes, me gusta ver de nuevo caras humanas. Los inconvenientes de la vida social y los de la soledad, se destruyen así mutuamente, y estos dos modos de existencia se embellecen el uno por el otro.

Sin embargo, la inconstancia y la fatalidad de las cosas de este mundo son tales, que la viveza misma de los placeres de que disfrutaba en mi nuevo domicilio hubiera debido hacerme prever cuán corta sería su duración. La revolución francesa, que se desbordaba por todas partes, acababa de transponer los Alpes y se precipitaba sobre Italia. Yo fui arrastrado por la primera oleada hasta Bolonia. Quise, con todo, conservar mi ermita, á la que hice transportar todos mis muebles, hasta tiempos más dichosos. Estaba hacia algunos años sin patria; una mañana supe inopinadamente que estaba sin empleo. Después de un año entero pasado en ver hombres y cosas que no me interesaban poco ni mucho, y en desear cosas y hombres que no veía ya, volví á Turín. Era preciso tomar una resolución. Salí de la fonda *de la Buena Mujer*, donde me había apeado con intención de devolver el cuartito al propietario y deshacerme de los muebles.

Al entrar de nuevo en mi cenobio, experimenté sensaciones difíciles de describir; todo conservaba el orden, es decir, el desorden en que lo había dejado: los muebles amontonados contra la pared habían estado al abrigo del polvo gracias á la altura del sitio; mis plumas estaban todavía en el seco tintero, y encontré aún sobre la mesa una carta comenzada.

Todavía estoy en mi casa, me dije con verdadera sa-

tisfacción. Cada objeto traía á mi memoria algún suceso de mi vida, y todo mi cuarto estaba alfombrado de recuerdos. En vez de volver á la fonda, tomé la resolución de pasar la noche en medio de mis propiedades. Envié por mi maleta, é hice al mismo tiempo el propósito de partir al siguiente día sin despedirme ni pedir á nadie consejo y abandonándome sin reserva á la Providencia.

## CAPÍTULO II

Mientras hacía estas reflexiones, felicitándome de un plan de viaje bien combinado, el tiempo pasaba y mi criado no volvía. Era éste un hombre que la necesidad me había hecho tomar á mi servicio hacia algunas semanas, y acerca de cuya fidelidad había concebido ciertas sospechas. Apenas se me ocurrió la idea de que podía haberse marchado con mi maleta, cuando corrí á la fonda: ya era tiempo. En el momento de volver la esquina de la calle en que se encuentra la fonda *de la Buena Mujer*, le vi salir precipitadamente de la puerta, precedido de un mozo de cuerda cargado con mi valija. El mismo se había encargado de mi cofrecito; y en lugar de volver hacia mi lado, se encaminó á la izquierda en dirección opuesta á la que debía seguir. Su intención era manifiesta. Le alcancé fácilmente, y sin decirle una palabra, caminé algún tiempo á su

lado sin que él mismo lo advirtiera. Si se quisiera pintar la expresión de la extrañeza y del espanto llevada al más alto grado en el rostro humano, él hubiera sido el modelo perfecto de ello cuando me vió á su lado. Tuve tiempo para estudiarlo, porque estaba tan desconcertado de mi inesperada aparición y de la seriedad con que le miraba, que continuó andando algún tiempo conmigo sin proferir una palabra, como si hubiéramos ido juntos á paseo. En fin, balbuceó el pretexto de un asunto en la calle de la *Gran Dora*; pero yo le puse en el buen camino, y volvimos á casa, donde le despedí.

Sólo entonces fué cuando me propuse hacer un nuevo viaje en mi cuarto, durante la última noche que debía pasar en él, y al instante dime á concertar los preparativos.

## CAPÍTULO III

Mucho tiempo hacía que deseaba volver á ver el país que tan deliciosamente recorrí en otro tiempo, y cuya descripción no me parecía aún completa. Algunos amigos que la habían leído me manifestaban deseos de que la continuase, cosa á la que sin duda me hubiese decidido desde el primer momento, á no encontrarme separado de mis compañeros de viaje. Empecé con sentimiento el camino, porque lo iba á recorrer solo. Iba á viajar sin mi querido Joannetti y sin mi cariñosa

*Rosina.* Hasta mi primera habitación había sufrido la más desastrosa sacudida, ó, mejor dicho, no existía ya; su recinto era un montón horrible de escombros ennegrecidos por el fuego. Todos los inventos mortíferos de la guerra se habían reunido para destrozarla por completo<sup>1</sup>. La pared en donde se hallaba colgado el retrato de la señora de Hautcastel había sido atravesada por una bomba. En fin, si por fortuna no hubiese hecho mi viaje antes de aquella catástrofe, los sabios de nuestros días no habrían tenido nunca conocimiento de un cuarto tan notable, de la propia manera que, sin las observaciones de Hisparco, ignorarían también que en las *Pléyades* existía una estrella más que ha desaparecido en el espacio de tiempo que media entre dicho astrónomo y nosotros.

Forzado por las circunstancias, había abandonado por fin mi cuarto y transportado mis penates á otra parte. Quizás alguno diga que esto no es una gran desgracia; pero ¿cómo podré reemplazar á Joannetti y á *Rosina*? Imposible. Joannetti había concluido por serme tan indispensable, que su pérdida no la verá nunca reparada. ¿Quién puede, por lo demás, enorgullecerse de haber vivido siempre al lado de la persona querida? Parecidos á esos enjambres de mosquitos que se agitan en el aire durante las hermosas tardes del verano, los hombres se encuentran por casualidad, y su unión dura muy poco tiempo. ¡Felices aún si en sus rápidos

1. Dicha habitación estaba situada en la ciudadela de Turín, y este nuevo viaje fué emprendido algún tiempo después de la toma de aquella plaza por las tropas austro-rusas.

movimientos son tan afortunados como los mosquitos, y no se rompen la cabeza los unos contra los otros!

Una noche, á la hora de acostarme, Joannetti me servía con su celo acostumbrado, y hasta me pareció que estaba algo más atento que de costumbre; cuando se llevó la luz, le miré, y vi en su fisonomía una marcada alteración. ¿Podía sospechar, sin embargo, que el pobre Joannetti me estaba sirviendo por última vez? No quiero tener al lector en una incertidumbre más cruel que la misma verdad. Prefiero decirle sin rodeos que Joannetti se casó aquella misma noche y me abandonó al día siguiente.

Con todo, no vaya á acusársele ahora de ingrato porque dejó á su amo tan bruscamente. Yo sabía su intención hacia ya mucho tiempo, y había cometido el error de oponerme á ella. Una persona oficiosa vino un día muy temprano á mi casa para darme la noticia, y tuve tiempo suficiente para encolerizarme y apaciguarme antes de ver á Joannetti, lo cual le libró de los reproches que pudiera haberle dirigido. Antes de entrar en mi cuarto, hizo como que hablaba en voz alta á otro desde la escalera, con cuya estratagema creía hacerme creer que no tenía miedo, y armándose con todo el descaro que podía ser compatible con un alma tan buena como la suya, se presentó delante de mí en ademán resuelto. En seguida vi retratado en su semblante todo lo que pasaba en su alma, lo cual no me desagradó. Los chuscos de mal género de nuestros días han presentado de tal manera á los ojos de las personas honradas los peligros del matrimonio, que un

recién casado nos parece casi siempre un hombre que acaba de hacer una espantosa caída sin hacerse daño, y que á la vez se ve agitado por el terror y la satisfacción, lo cual le da un aire bastante ridículo. No tenía, pues, nada de extraño que las acciones de mi fiel criado se resintiesen de lo anormal de su situación.

— ¿Conque te has casado, mi querido Joannetti? le dije riéndome.

Como no se hallaba prevenido sino contra mi cólera, todos sus preparativos se vieron perdidos en un momento; así es que volvió de repente á sus antiguas y ordinarias maneras, y aun exagerólas algo, puesto que se puso á llorar.

— ¡Qué quiere mi amo! me dijo con voz alterada; había comprometido mi palabra.

— ¡Qué diablo! has hecho bien, amigo mío. ¡Plegue al cielo que puedas estar satisfecho de tu mujer y, sobre todo, de ti mismo, y que los hijos que tengas sean dignos de ti! ¡Será preciso, pues, que nos separemos!

— Sí, señor, hemos acordado ir á establecernos en Asti.

— ¿Y cuándo quieres abandonarme?

Joannetti bajó los ojos con aire conturbado, y contestó en dos tonos más bajo :

— Mi mujer ha encontrado á un carretero de su país que vuelve con su carro vacío y que se marcha hoy. Sería una excelente ocasión... pero... sin embargo... será cuando agrade al señor... aunque en verdad semejante ocasión difícilmente volverá á presentarse.

— ¡Qué! ¡Tan pronto! le dije yo.

Un sentimiento de afecto, mezclado á una fuerte dosis de despecho, me hizo guardar silencio durante un instante.

— No, por cierto, le respondí con bastante acritud, no pienso retenerte; parte ahora mismo, si así te conviene.

Joannetti palideció.

— Si; márchate, amigo mío; ve á reunirse á tu mujer; sé siempre tan bueno, tan honrado como lo has sido conmigo.

Arreglamos algunas cuentas; le dije tristemente adiós, y marchó.

Ese hombre me servía desde hacía quince años. Un instante bastó para separarnos. No le he vuelto á ver más.

Reflexionaba paseándome en mi cuarto sobre esta brusca separación. *Rosina* había seguido á Joannetti sin que él lo advirtiera. Un cuarto de hora después se abrió la puerta; *Rosina* entró. Vi la mano de Joannetti que la empujó hacia mi cuarto; la puerta se volvió á cerrar, y sentí que se me oprimía el corazón... ¡Ya no ha vuelto á entrar en mi casa! Algunos minutos bastaron para hacer extraños el uno al otro á dos viejos compañeros de quince años. ¡Oh, triste, triste condición de la humanidad, la de no poder jamás encontrar un solo objeto estable sobre el cual cifrar el menor de sus afectos!

## CAPÍTULO IV

También *Rosina* vivía entonces lejos de mí. Sin duda os enteraréis con algún interés, mi querida María, de que á la edad de quince años era todavía mi perrita el más cariñoso de los animales, y que la misma superioridad de inteligencia que antes la distinguía de toda su especie, le sirvió igualmente para soportar el peso de la vejez. Yo hubiera deseado no separarme de ella; pero cuando se trata de la suerte de los amigos, no debe consultarse el gusto ó el interés propio. El interés de *Rosina* era dejar la vida ambulante que arrastraba conmigo, y gozar, por fin, en sus viejos días un reposo que su dueño ya no esperaba. Su edad avanzada me obligaba á darle el retiro. Creí deber concederle los honores del cuartel de inválidos. Una caritativa religiosa se encargó de cuidarla durante el resto de sus días; y yo sé que en ese retiro ha disfrutado de todas las ventajas á que sus buenas cualidades, su edad y su reputación la hacían justamente acreedora.

Y puesto que tal es la naturaleza de los hombres, que la dicha parece no estar hecha para ellos; puesto que el amigo ofende á su amigo sin querer, y los mismos amantes no pueden vivir sin querellarse; en fin, puesto que desde Licurgo hasta nuestros días, todos los legis-

ladores han fracasado en sus esfuerzos para hacer dichosos á los hombres, yo tendré al menos el consuelo de haber hecho la felicidad de un perro.

## CAPÍTULO V

Ahora que ya he dado á conocer al lector los últimos rasgos de la historia de Joannetti y de *Rosina*, sólo me falta decir una palabra sobre el alma y la bestia para tener nuestras cuentas arregladas. Esos dos personajes, el segundo sobre todo, no jugarán un papel tan interesante en esta segunda parte de mi viaje. Un excelente viajero que ha seguido el mismo camino que yo<sup>1</sup> pretende que deben estar muy fatigados, y tiene mucha razón. No es esto decir que mi alma haya perdido nada de su actividad, á lo menos en cuanto le es dable advertirlo; pero sus relaciones con *la otra* han cambiado algún tanto. Ésta no tiene ya la misma vivacidad en sus réplicas; no tiene... ¿cómo lo explicaré?... Iba á decir la misma presencia de ánimo; como si una bestia pudiese tener tal cosa... Como quiera que sea y sin entrar en una explicación molesta, diré tan sólo que arrastrado por la confianza que me demostraba la joven Alejandrina, le había escrito una carta muy tierna

1. *Segundo Viaje al rededor de mi cuarto*, por un anónimo, capítulo primero.

que me valió una respuesta amable, pero fría, y que terminaba con estas textuales palabras : « Tenga usted la seguridad, caballero, de que siempre conservaré hacia usted los sentimientos de la más sincera estimación... » ¡Justo cielo, exclamé, heme aquí perdido! Desde ese día fatal resolví no seguir ya practicando mi sistema sobre el alma y la bestia. En su consecuencia, sin hacer distinción alguna entre estos dos seres y sin separarlos, les haré marchar al uno á costas del otro como ciertos vendedores llevan sus mercancías, y viajaré todo en una pieza para evitar cualquier inconveniente.

#### CAPÍTULO VI

Sería inútil hablar de las dimensiones de mi nuevo cuarto; se parece tanto al anterior, que se le confundiría con éste á primera vista si, por una precaución del arquitecto, el techo no se inclinase oblicuamente hacia el lado de la calle, tomando la pendiente que exigen las leyes de la hidráulica para el escorro de la lluvia. Recibe la luz por una única abertura de dos pies y medio de ancho por cuatro de alto, elevada de seis á siete pies, aproximadamente, del piso, y á la cual se llega por medio de una pequeña escalera.

La elevación de la ventana sobre el piso es una de esas felices circunstancias que pueden ser igualmente debidas á la casualidad ó al genio del arquitecto. La

luz casi perpendicular que esparcía por mi retiro, le daba misterioso aspecto. El antiguo templo del Panteón recibe la luz, poco más ó menos, de la misma manera. Además, ningún objeto exterior podía distraerme. Semejante á esos navegantes que, perdidos en el vasto océano, no ven más que cielo y mar, yo no veía más que el cielo y mi cuarto, y los objetos exteriores más cercanos hacia los cuales podían dirigirse mis miradas eran la luna, ó el lucero del alba, lo cual me ponía en relación inmediata con el cielo y daba á mis pensamientos un vuelo elevado que jamás habrían tenido, si hubiese elegido mi domicilio en la planta baja.

La ventana de que he hablado se elevaba sobre el techo formando una hermosísima lucerna; su altura sobre el horizonte era tan grande, que cuando los primeros rayos del sol venían á alumbrarla, todavía estaba en sombras la calle. Así es que disfrutaba de una de las más hermosas vistas que se pueden imaginar. Pero la más hermosa vista nos fatiga pronto cuanto se mira demasiado á menudo : los ojos se acostumbran á contemplarla, y se concluye por no hacerse caso de ella. La situación de mi ventana me preservaba aun de este inconveniente, porque jamás veía el magnífico espectáculo de la campiña de Turín, sin subir cuatro ó cinco escalones, lo que me procuraba goces siempre vivos, por lo mismo que me costaban algo. Cuando, fatigado, quería darme un agradable recreo, terminaba mi jornada subiendo á mi ventana.

Desde el primer peldaño, no veía más que el cielo; en seguida comenzaba á aparecer el templo colosal de

la Superga<sup>1</sup>. La colina de Turin, sobre la cual descansa, se elevaba poco á poco ante mí, cubierta de bosques y ricos viñedos, ofreciendo con orgullo al sol poniente sus jardines y sus palacios, mientras habitaciones sencillas y modestas parecían ocultarse á medias entre sus valles, para servir de retiro al sabio y favorecer sus meditaciones.

¡Colina encantadora! Tú me has visto á menudo buscar tus solitarios retiros, y preferir tus senderos apartados á los paseos brillantes de la capital; tú me has visto á menudo perdido en tus laberintos de verdor, atento al canto de la alondra matinal, lleno el corazón de vaga inquietud y del deseo ardiente de quedarme para siempre en tus encantados valles.

¡Yo te saludo, encantadora colina! ¡Tú estás grabada en mi corazón! ¡Pueda el rocío celeste hacer, si es posible, tus campos más fértiles y tus arboledas más pomposas; puedan tus habitantes disfrutar en paz de su dicha y tus sombras serles favorables y saludables! ¡Pueda, en fin, tu dichosa tierra ser siempre dulce asilo de la verdadera filosofía, de la ciencia modesta, de la amistad sincera y hospitalaria que yo he encontrado!

1. Magnífica iglesia mandada construir por el rey Víctor Amadeo I en 1706, en cumplimiento del voto que había hecho á la Virgen por si los franceses levantaban el sitio de Turin. La Superga sirve de sepultura á los príncipes de la casa de Saboya.

## CAPÍTULO VII

Empecé mi viaje á las ocho en punto de la noche. El tiempo estaba en calma y prometía una hermosa velada. Había tomado mis precauciones para no ser molestado por las visitas, que son muy raras á la altura en que habito, sobre todo en las circunstancias en que entonces me encontraba, y para permanecer solo hasta media noche. Cuatro horas bastaban ampliamente para la ejecución de mi empresa, no queriendo hacer esta vez más que una simple excursión al rededor de mi cuarto. Si el primer viaje duró cuarenta y dos días, es porque no estuvo en mí el hacerlo más corto. Tampoco quise sujetarme á viajar mucho en carruaje, como antes, persuadido de que un viajero pedestre ve muchas cosas que escapan al que viaja en posta. Resolví, pues, ir alternativamente y según las circunstancias á pie ó á caballo; nuevo método que todavía no he dado á conocer, y cuya utilidad se verá bien pronto. En fin, me propuse tomar notas durante el camino y escribir mis observaciones á medida que las hiciera para no olvidar nada.

A fin de ordenar mi empresa y de darle una nueva probabilidad de éxito, pensé que era preciso componer una epístola dedicatoria y escribirla en verso para ha-



cerla más interesante. Pero salieron á mi encuentro dos dificultades que por poco me hicieron renunciar á mi propósito, no obstante las ventajas que podía proporcionarme. La primera era saber á quién dirigir la epístola; la segunda, cómo me las compondría para escribir en verso. Después de haber reflexionado sobre esto maduramente, no tardé en comprender que lo más razonable era componer la epístola lo mejor que pudiera, y buscar luego una persona á quien se la pudiese aplicar. Puse en seguida manos á la obra, y trabajé durante más de una hora sin poder encontrar un consonante para el primer verso que había escrito, y que quería conservar, porque me parecía muy bueno. Á este propósito, acordéme entonces de haber leído que el célebre Pope no componía jamás obras de importancia sin verse obligado á declamar largo rato en alta voz y sin que recorriese su gabinete en todos sentidos para excitar su vena. En seguida probé de imitarle. Cogí las poesías de Ossian y las recité en alta voz, paseándome á grandes pasos para provocar el entusiasmo.

Vi, con efecto, que este sistema exaltaba insensiblemente mi imaginación, dándome un sentimiento secreto de capacidad poética que hubiera ciertamente aprovechado para escribir en verso mi epístola dedicatoria, si por desgracia no hubiese dado al olvido el declive del techo de mi cuarto, que impidió á la frente que fuera tan adelante como los pies en la dirección que yo llevaba. Me di tan rudo golpe en la cabeza contra aquel maldito parapeto, que hasta el techo de la casa se resintió y experimentó una sacudida. Los gorriones

que se habían refugiado en el tejado echaron á volar llenos de espanto, y de rechazo el choque me hizo retroceder tres pasos.

## CAPÍTULO VIII

Mientras que yo me paseaba de esta suerte para excitar mi imaginación, una hermosa y joven dama que vivía debajo de mi cuarto, asustada por el ruido que yo movía, y creyendo sin duda que daba algún baile en mi habitación, me envió á su marido para que averiguase la causa de tal estrépito. Aun me encontraba algún tanto atontado por efecto de la contusión que acababa de recibir, cuando se abrió la puerta. Un señor de edad, con el rostro melancólico, adelantó la cabeza y paseó sus curiosas miradas por todo el cuarto.

Cuando le permitió hablar la sorpresa de que se vió poseído al verme solo:

— Mi mujer tiene jaqueca, caballero, me dijo con aire de enojo. Permítame usted que le advierta...

Le interrumpí en seguida, y mi estilo se resintió de la elevación de los pensamientos.

— Respetable mensajero de mi bella vecina, le dije en el lenguaje de los bardos, ¿por qué brillan tus ojos bajo las espesas pestañas, como dos metéoros en el negro bosque de Cromba? Tu hermosa compañera es